La señorita dijo que hiciéramos un dibujo.
Yo dibujé un cerdo violeta. Bien gordo y bien violeta. También había pensado en dibujar unas nubes detrás, pero mi cerdo ocupó toda la hoja y apenas tuve espacio para ponerle el título subrayado: CERDO.
Mientras tanto la señorita iba mesa por mesa mirando los dibujos que hacíamos. Castillos, princesas, supermanes, flores, pajaritos y mi cerdo violeta.

Andrea había pintado una casa con techo rojo y paredes amarillas y un árbol con tronco marrón y hojas verdes y sol amarillo y unas nubes celestes. A mí me parecía muy aburrido, pero cuando la señorita lo vio, le dijo:

—¡Qué hermosura! ¡Lo vamos a colgar aquí, en la pared del frente!

Yo enseguida pensé: si el dibujo de Andrea, que es tan aburrido, le parece una hermosura, entonces cuando vea el mío, seguro que se desmaya de la emoción.

—¿Un cerdo?

—Sí, seño —le dije toda contenta mientras terminaba de pintarle un poco de barro, porque a los cerdos les encanta el barro.

—¿No será un *cerdito*?

—No, seño. ¿No ves lo gordo que es? No es un *cerdito*. Es un *cerdo*.

—¿Y violeta?

¿Qué me quería decir? ¿No le gustaba el color violeta a la señorita?